



ACTO SEGUNDO

El teatro representa una magnífica sala del palacio ducal. En el foro una puerta de dos hojas que da á otra sala de igual magnificencia. Puertas laterales que conducen á lo interior. A la izquierda, en primer término, una silla: á la derecha, también en primer término, otro sillón y una mesa cubierta con un paño rico. Alfombra, sillones, campanilla, etc.

ESCENA PRIMERA

RENATO, ELENA, UN UJIER

RENATO. (En el foro al ujier, que no le deja entrar.) Necesito entrar..., tengo que hablar precisamente á S. A.
ELENA. (Saliendo por la derecha.) ¡Es Renato!.. (Al ujier.) Dejadle entrar. (El ujier se retira.) ¿Y bien?
RENATO. (Muy agitado.) ¡Nada! Por más que recorro los salones, el parque..., como un loco, como un desesperado, parándome delante de cuantos encuentro, examinando las caras, con la esperanza de ver una mirada, una sonrisa que me descubra al agresor..., ¡nada, nada!
ELENA. ¿Conque nada?..
RENATO. No veo más que rostros fríos, impasibles..., en tanto que yo me quemo..., ¡me abraso!
ELENA. (Aparte.) ¡Pobrecillo! – ¡Sosegaos, Renato! ¿Es esto lo que me prometisteis esta mañana?
RENATO. Esta mañana..., ¡sí!, cuando tuve que descubrir la causa de no haberme marchado ..; cuando tuve que revelaros..., encendido de vergüenza...
ELENA. ¡Basta! ¡No más!.. (Aparte.) ¡Como si no lo supiera yo tan bien como él!
RENATO. ¡Y queréis que me sosiegue..., que devore en silencio una afrenta que no puedo vengar, un insulto atroz que me arranca lágrimas de vergüenza y de rabia!.. ¡Ah!..
ELENA. ¡Por Dios, Renato, por Dios!.. (Aparte.) ¡Ay!, si yo hubiera sabido que lo había de tomar tan á pechos!..
RENATO. ¡Pero yo lo descubriré!.. ¡Yo descubriré á ese cobarde!
ELENA. ¡Ya se ve!.. ¡es preciso descubrir á ese... cobarde..., aunque gastéis en ello dos días..., tres días, un mes!.., ¡aunque se marche la escuadra! (Aparte.) Eso es

lo esencial. – ¡Insultar así á las gentes, sin decir por qué, sin dar la cara!.. Pero no hay cuidado..., al cabo le encontraréis.
RENATO. ¡Y le haré batirse... y le mataré!
ELENA. (Asustada.) ¿Eh?... (Conteniéndose.) ¡Sí, sí, es preciso matarle! (Aparte.) Por fortuna eso no reza con las mujeres. – Pero, Renato, escuchad: ¡cuidado no os equivoquéis y paguen justos por pecadores!
RENATO. No temáis. Por el pronto voy echarme á los pies del duque... y á pedirle que dé orden al jefe de policía de que me ayude en mis pesquisas,
ELENA. Mirad que el duque no quiere recibir hoy á nadie... Acaba de tener una larga conferencia con la duquesa madre..., y poco ha mandó llamar á mi tutor, diciendo que no se permita entrar á nadie más.
RENATO. Pues esperaré.
ELENA. ¡No, no!.. ¡Marchad!.. Yo haré que os encontréis con él... Yo os avisaré. Deseo tanto como vos que habléis al duque..., porque... ¿Y quién sabe?.. puede que yo misma tenga medio de ayudaros, de ponerlos en camino... (Aparte.) ¡Como no sea en el de Génova!..
RENATO. ¿Vos, Elena?
ELENA. ¿Y por qué no?
RENATO. ¡Chist! ¡Ahora me acuerdo!.. Anteayer tuve una disputa con el gran chambelán... Ahora se estaba paseando por el parque..., y yo no le observé..
ELENA. ¡Cómo podéis figuraros!..
RENATO. ¡Oh! Voy á examinarle, voy á ver... ¡Si es él!.., por más que sea gran chambelán...
ELENA. ¡Que no es él!.. Yo os aseguro...
RENATO. ¡Adiós!.. (Se va apresurado por el foro.)

ESCENA II

ELENA

(Riendo.) ¡Bueno, ahora va á examinar al gran chambelán!.. ¡Ah, ah, ah! ¡Pobre viejo!.. – Pues señor, me he salido con la mía. – Sí, sí, yo te ayudaré en tu empresa, yo te descubriré el nombre de tu enemigo cuando... Pronto: no tardaré mucho. – El secretario del ministro de Marina me ha prometido avisarme cuando se reciba noticia de que la escuadra se ha hecho á la vela..., y se espera de un momento á otro... quizá hoy mismo. ¡Pero el pobre Renato!.. Casi me pesa ya de haberle... ¡Qué remedio!.. – Y ahora que me acuerdo..., ¿quién sería aquel hombre que me pilló entre sus brazos anoche .., y el otro que se fué á él y le?.. (Viendo al conde.) ¡Ah!

ESCENA III

ELENA, EL CONDE

(El conde abre lentamente la puerta del foro, y aparece pálido y azorado.)

CONDE. (Aparte.) ¡Era el duque!..
ELENA. Señor conde...
CONDE. Sí, yo soy..., si no me engaño.., (Aparte.) porque estoy en tal estado... que no me conozco á mí mismo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

- ELENA. (Aparte.) ¡Ay, Dios mío, qué semblante!.. - S. A. os ha mandado llamar ya dos veces.
- CONDE. Dos veces, sí, ya lo sé. ¿Y no habéis podido penetrar qué es lo que me quiere ese augusto señor?
- ELENA. ¿Yo?.. No tal... Pero me ha parecido que tenía el semblante muy desencajado y muy ceñudo.
- CONDE. Y muy encarnado, ¿no es verdad? (Aparte.) ¡A lo menos un lado!..
- ELENA. No: ¡muy pálido!
- CONDE. (Aparte.) Vamos, se ha borrado la señal.
- ELENA. Muy pálido... ¡Calla!.. ¡Como vos!
- CONDE. ¿Como yo?..
- ELENA. ¿Qué tenéis?
- CONDE. ¿Qué tengo?.. Tengo... vahidos... Los aires de este país no convienen á mi temperamento.
- ELENA. ¡Disparate!..
- CONDE. No: de veras. - ¡Fué mala ocurrencia, Elena, la de venirmos al ducado de Ferrara!
- ELENA. (Admirada.) ¡Esta es otra!.. Pues no decíais ayer mismo..., ¡qué sé yo!.., ¡que este clima era tan bueno, tan saludable!..
- CONDE. ¡Nada de eso!.. Es un clima infernal... ¡Aquí se ahoga uno!..
- ELENA. ¿Y las noches?.. ¡Decíais que eran tan hermosas!..
- CONDE. ¿Las noches?.. ¡No hablemos de las noches!.. Atroces... como boca de lobo... ¡Qué obscuridad!.. ¡No se ven las gentes á dos pasos, no se distingue á un príncipe de un cualquiera!.. ¡Uf!.. ¡Y á eso llaman noches!
- ELENA. ¿Ahora querréis que nos marchemos pronto?..
- CONDE. Pronto... no. (Aparte.) Hoy mismo quisiera que fuese.
- ELENA. ¡Eso es otra cosa! - Voy á hacer que avisen á S. A. ¡Estáis azorado! ¿Qué tenéis?
- CONDE. Nada, nada. Andad, que avisen á S. A. - (Aparte.) ¡Dios me dé serenidad, que buena falta me hace! (Vase Elena por la izquierda.)

ESCENA IV

EL CONDE

He asistido á tres batallas campales, he tenido cosa de ocho desafíos, me han sorprendido lo menos quince maridos en lances... que no eran de su gusto... Pues señor, ¡nunca, nunca he experimentado lo que experimento desde anoche!, ¡desde aquel fatal error... de cara! ¡Es incomprensible! El menor ruido me hace estremecer..., ¡y el silencio me aterra! Me pongo colorado cuando me miran, y pálido cuando me hablan. ¡Quiero estarme quieto, y echo á andar á pesar mío!.. Tengo una especie de vértigo, tengo crispaturas, tengo calentura, tengo..., en fin, tengo miedo! - ¡Yo... sí, señor!, ¡yo!.. ¡á quien llaman aquí el temerario!.. Pues no hay más: tengo un miedo atroz. - Y es que recuerdo que al dar el... (Hace el ademán.) dije alguna palabra..., y si por la voz me conoció el amigo Hércules... ¡es capaz de hacer una barbaridad! - Pues si ayer me ofrecía cortarme la cabeza por un simple secreto..., qué será por haberle .. - ¡ay!.. ¡aquí está! (Saluda profundamente.)

ESCENA V

EL CONDE, EL DUQUE

(El conde tiene fijos los ojos en el duque, el cual se acerca lentamente.)

- DUQUE. (Exhalando un gran suspiro.) ¡Ya me ha sucedido algo! (Detiénese delante del conde, y le mira cara á cara en silencio.)
- CONDE. (Aparte.) ¡Bueno!.., ¡me miral!, ¡ya me he puesto colorado!
- DUQUE. Ya hace rato que os espero, señor conde.
- CONDE. (Aparte.) ¡Me habla!.., ¡ya me he puesto pálido!
- DUQUE. Deseaba veros para hablaros de una cosa... que me toca de cerca... y que se ha de tratar entre los dos... solos!
- CONDE. ¿Solos?
- DUQUE. ¡Con la duquesa madre!
- CONDE. ¡La rígida duquesa!..
- DUQUE. Escuchadme. (Mirando alrededor.) Nadie nos oye, ¿eh?
- CONDE. (Aparte.) ¡Ay! ¡Quién pudiera dejar el puesto!
- DUQUE. ¿Qué?.. ¿Qué decís?
- CONDE. Que nadie... nadie nos oye.
- DUQUE. (Con misterio.) Ayer... por la noche..
- CONDE. (Aparte.) ¡Ya pareció aquello!
- DUQUE. Me había escapado por la puertecita secreta...
- CONDE. ¿Construída en tiempo de Hércules I?
- DUQUE. Sí; y había bajado al parque, seguro, como os indiqué, de que me iba á suceder...
- CONDE. (Concluyendo la frase.) Algo. - En efecto, me lo había indicado V. A.
- DUQUE. ¡Y yo me engañaba!.. En el momento de pasar junto al bosquecillo, hombre, justamente en el mismo sitio en que os había encontrado poco antes..., un hombre se acercó á nuestra real persona..
- CONDE. ¿Cuál es su nombre?
- DUQUE. Aguardad... Tuvo la audacia de agarrarnos nuestro brazo... y de levantar sobre nos su mano insolente.
- CONDE. ¡Levantó la mano!..
- DUQUE. ¡Hizo más!.. ¡La dejó caer sobre nuestro augusto carrillo!..
- CONDE. (Con ansiedad.) Y ese hombre... ¿quién era?
- DUQUE. ¡Huyó, sin que pudiese conocerle!
- CONDE. (Aparte.) ¡Ay!.. ¡Empiezo á respirar!
- DUQUE. (Con ira.) ¡Pero yo le descubriré..., yo se lo conoceré en la cara así que le mire... como os estoy mirando ahora!
- CONDE. (Aparte.) ¡Ahora sí que me he puesto pálido!
- DUQUE. ¿Qué tenéis, conde?
- CONDE. ¡Príncipe!.. ¡La mirada de vuestra alteza es tan penetrante!.. ¡Oh! Ya aseguro que el que sea no dejará de turbarse.
- DUQUE. (Más sereno.) Me prometéis guardar, acerca de esta confianza que os he hecho, el más religioso silencio, ¿eh?
- CONDE. ¿Si lo prometo?.. ¿Yo? - ¡Os juro, príncipe mío, que no podíais dirigiros en este mundo á nadie que guardase el secreto más religiosamente que yo!
- DUQUE. (Afectuosamente.) ¡Bien!.. ¡bien!, ¡amigo mío!

- CONDE. (Aparte.) ¡Amigo!.. ¡ya respiro con más desahogo!
- DUQUE. (Tomándole la mano.) ¡Sí!, ¡mi único, mi verdadero amigo!..
- CONDE. (Aparte.) ¡Amigo!.. ¡Nada sospecha! – ¡Excelente príncipe!
- DUQUE. (En confianza.) Ahora voy á decirte por qué te he mandado llamar. (Apóyase en su brazo, de manera que su cara esté junto á la del conde.)
- CONDE. (Aparte, mirando el carrillo del duque.) No ha quedado señal.. nada... ¡ni rastro!
- DUQUE. Respóndeme francamente. Si un atrevido... un insensato le hubiese levantado la mano al gran rey que yo he tomado por modelo..., ¿qué crees tú que hubiera hecho Luis XIV, ante todas cosas?
- CONDE. Yo...
- DUQUE. ¡No me andes con rodeos! – Si á aquel héroe le hubieran dado..., en plata, un bofetón...
- CONDE. Pues señor..., yo supongo... que, ante todas cosas..., lo hubiera recibido.
- DUQUE. ¡Eso es precisamente lo que he hecho yo!.. Vaya, hasta ahí he obrado como hubiera obrado el héroe. ¿Pero y después?
- CONDE. ¿Después?
- DUQUE. Sí, después. ¿Qué castigo crees tú que le hubiera impuesto al criminal?
- CONDE. ¡Hú, hú!..
- DUQUE. ¿Eh?
- CONDE. Príncipe, el gran rey Luis XIV... era... muy grande...
- DUQUE. Ya lo sé. – ¿Pero qué castigo?..
- CONDE. ¡Era... muy magnánimo!..
- DUQUE. Sí. – ¿Pero qué castigo?..
- CONDE. Y él... (Aparte.) Probemos. – Estoy seguro de que... cediendo á los sentimientos caballerosos... que abrigaba su noble corazón... hubiera dicho entre sí: ¡Dios me ha hecho caballero antes que rey!.. Se hubiera acordado de que... la mano que empuñaba el cetro... empuñaba también la espada..., y en este supuesto..., sin consultar á nadie...
- DUQUE. (Interrumpiéndole.) ¡Justamente!.. Mi primera intención era..., sin consultar á nadie, hacerlo ahorcar.
- CONDE. ¿Qué?..
- DUQUE. Pero la duquesa madre se opone...
- CONDE. Pues señor..., con vuestro permiso, soy de la opinión de la duquesa madre.
- DUQUE. Sí; ella quiere simplemente hacerlo descuartizar.
- CONDE. ¡Ya!.. ¿Simplemente?..
- DUQUE. ¿Conque tú eres de la opinión de la duquesa madre?
- CONDE. ¡Psh!.. hasta cierto punto...
- DUQUE. ¿Cómo?
- CONDE. Es que no me ha entendido V. A. acerca de la resolución de Luis XIV. Decía yo... que el gran rey le hubiera pedido una satisfacción de caballero... con la espada en la mano..., ¡y nada más!
- DUQUE. (Con altivez.) ¿Y quién os dice, señor conde, que no sea esa nuestra intención?
- CONDE. ¡Cómo!.. ¿Es posible?.. ¡Un duelo!..
- DUQUE. ¡Lo mismo que hubiera hecho el gran rey!.. ¡Sí, señor!
- CONDE. (Con gozo.) ¡Eso es otra cosa!.. Y siendo así, príncipe...
- DUQUE. Solamente... que, ¡ya lo conoces!.., para que el criminal pueda medir su espada con la mía, es necesario que antes purgue el delito que ha cometido... Después de lo cual...
- CONDE. ¿Pero de qué modo ha de purgarlo?..

- DUQUE. Eso es cosa de la duquesa madre. Después de lo cual...
- CONDE. Pero es que la duquesa madre quiere hacer que lo descuar...
DUQUE. ¡Justamente! – Después de lo cual...
- CONDE. ¿Después de lo cual, V. A. está dispuesto á medir su espada con él?
- DUQUE. ¿Crees tú que Luis XIV hubiera obrado de otro modo?
- CONDE. ¡De otro modo... no!.. Solamente que... hubiera hecho quizá en el asunto una ligera transposición... primero el duelo... y luego el descuartizamiento.. Pero eso va en gustos..., él tenía sus caprichos...
- DUQUE. ¡Y yo tengo los míos!
- CONDE. ¡Eso es!.., y vos tenéis los vuestros... De gustos no hay nada escrito..., y la duquesa madre también tiene los suyos...
- DUQUE. Y voy á seguirlos decididamente. (Toca una campanilla: sale un ujier.) Haced que enganchen cuatro caballos. (Vase el ujier.)
- CONDE. ¿Va V. A. á salir á paseo?
- DUQUE. No: si es para llevar á cabo la idea de la duquesa madre...
- CONDE. ¡Ah!.. ¡Para descuartizar al infeliz!..
- DUQUE. ¡Infeliz!.. ¡Cómo es eso!.. ¿Tú le disculpas?
- CONDE. ¡Yo disculparle!.. Sólo una cosa deseo..., y es poder presenciar el descuartizamiento... desde el balcón de palacio... ¡No apetezco más!
- DUQUE. ¡Eso es otra cosa!.. ¡Buen conde!.., cuánto me alegro de que hayas venido á establecerte en Ferrara... ¡Tuviste una feliz ocurrencial!
- CONDE. ¡Sí, señor!.. No hace mucho que se lo decía á mi pupila... ¡Fué una feliz ocurrencial!.. (Aparte.) Voy á hacer mis preparativos y á pedir mi pasaporte. – Con vuestro permiso, señor...
- DUQUE. ¡Ah!.. Mira... Di que venga el jefe de policía... y vuelve tú.
- CONDE. ¿El jefe de policía?
- DUQUE. Sí..., voy á decirle que desde ahora no dé ningun pasaporte...
- CONDE. (Aparte.) ¡Ay! ¡ay! ¡ay!..
- DUQUE. Así nadie saldrá de mis estados... y descubriremos al delincuente.
- CONDE. (Saluda y se va.) – (Aparte.) ¡Bueno va!

ESCENA VI

EL DUQUE. Luego RENATO

- DUQUE. (Paseándose.) ¡No se me escapará!.. ¡Nadie ha de salir de Ferrara hasta que parezca ese infame!..
- RENATO. ¡Ah!.. ¡Está solo!.. Gracias á Elena, le podré hablar. (Se acerca.)
- DUQUE. (Con temor.) ¿Eh?.. ¿qué?.. ¿quién es?.. ¿quién viene?.. He dicho que nadie...
- RENATO. Ya lo sé, señor... Pero el motivo que me trae á la presencia de V. A. es tan grave..
- DUQUE. No tengo tiempo de oiros.. Estoy ocupado... en negocios... particulares.
- RENATO. Escuchadme, señor..., y cuando sepáis...
- DUQUE. (Yéndose hacia la puerta derecha.) No quiero saber nada.
- RENATO. ¡Que va en ello el honor!.. Cuando sepáis que anoche... en medio de la obscuridad... hubo quien cometió una afrenta cruel...
- DUQUE. (Deteniéndose.) ¿Eh?
- RENATO. ¡El insulto más atroz!..
- DUQUE. ¿Cómo?..

RENATO. Y que el muy cobarde huyó, después de haber...
 DUQUE. (Llegándose á él.) ¡Chist!.. ¡Silencio!.. (Apartándolo á un lado y hablando bajo.) Decís que anoche...
 RENATO. Sí, señor, anoche... en el parque...
 DUQUE. ¡En el parque!.. (Aparte.) ¡Justo!
 RENATO. A eso de las ocho...
 DUQUE. ¡A las ocho!.. (Aparte.) ¡Justo!
 RENATO. Junto á la estatua de Diana..
 DUQUE. Junto á la estatua de... (Aparte.) ¡Pues es mi aventura lo que me cuenta! – ¿Y quién os ha dicho?.. ¿cómo habéis sabido?..
 RENATO. ¡Qué me preguntáis, señor! Pues no conocéis en mi agitación, en mi despecho... que fui yo...
 DUQUE. (Retrocediendo asustado.) ¡Vos!..
 RENATO. Sí, señor, y he jurado... (Va á acercarse.)
 DUQUE. (Alejándose.) ¡Eh!.. ¡lejos!.. ¡lejos!.. (Aparte.) ¡Este es!.. Conque decís que habéis jurado...
 RENATO. Vengarme..., ¡matarlo!
 DUQUE. Con que mat... – ¡A ver!.. ¡lejos!.. ¡lejos!..
 RENATO. ¡Pero, señor!..
 DUQUE. (Reculando hacia el foro.) ¡Hola!.. ¡pajes!.. ¡jujieres!.., que se cierren todas las puertas..., que se...
 CONDE. (Aparece al foro.) Señor...
 DUQUE. ¡Ayl ¡Conde!.., ¡venid!.., ¡venid!..

ESCENA VII

EL DUQUE, RENATO, EL CONDE

CONDE. (Viniendo á la derecha del duque.) Señor...
 DUQUE. (Haciéndole pasar en medio.) ¡No, no!.. ¡A este lado!
 CONDE. El jefe de policía acaba de llegar, y...
 DUQUE. (Con energía.) ¡Prended á ese joven!
 CONDE. ¿A ese?
 RENATO. ¿A mí?
 DUQUE. ¡Obedeced!
 CONDE. Príncipe..., yo no alcanzo...
 DUQUE. (En voz baja.) Ese es..., ¡ese es el que buscábamos!
 CONDE. ¡Cómo!.. ¿El que os?.. (Aparte.) ¡Demonio!.. ¡Esto sí que no me lo esperaba!
 RENATO. ¡Prenderme!.., ¿por qué?
 DUQUE. ¡Nada de explicaciones!
 CONDE. ¡Es verdad!.. nada de explicaciones .. (Aparte.) Yo no lo entiendo..., pero no importa. – Seguidme, caballero.
 RENATO. Pero yo, ¿qué he hecho?
 DUQUE. ¿Qué habéis hecho, eh?
 CONDE. ¿Qué habéis hecho, eh?
 DUQUE. ¿No acabáis de decirme?..
 CONDE. ¡Señor..., dejad que me lo lleve!
 RENATO. Aguardad..., que S. A. me habla.
 DUQUE. Aguardad..., que yo le hablo. ¿No acabais de decirme que anoche á las ocho, junto la estatua de Diana?..

RENATO. Sí, señor.
 CONDE. (Aparte.) ¡Qué enigma es este!
 RENATO. ¡Sí, señor!.. Un hombre se acercó á mí...
 DUQUE. Es decir, vos os acercasteis á él..., lo mismo da. Y acercándoos... le disteis...
 RENATO. ¡Me dió él á mí!
 DUQUE. ¿Qué?..
 CONDE. ¿Qué?.. (Aparte.) ¿También á éste?
 DUQUE. ¡Pero si yo estoy seguro de que fui yo quien lo recibí!
 RENATO. ¡Vos!..
 CONDE. (Aparte.) Pues yo estoy seguro de no haber dado más que uno.
 RENATO. ¡Cómo, señor!.. ¿Vos también?
 DUQUE. ¡Silencio..., silencio!.. (Con enfado.) ¿Entonces qué diablos me venáis á pedir?
 RENATO. Que me ayudarais, señor, á descubrir al agresor..., al que me...
 DUQUE. (Furioso.) ¡Conque son dos los agresores!
 CONDE. (Aparte.) ¡Parece que hemos sido dos!
 RENATO. ¡Señor... yo quiero averiguar!..
 DUQUE. Eso es cuenta vuestra..., asunto vuestro... ¡Bastante tengo yo con los míos!
 – (Aparte, al conde, después de reflexionar.) Una vez que no ha sido éste... ha sido otro.
 CONDE. (Aparte.) ¡Por desgracia!
 DUQUE. Y yo necesito descubrirlo..., necesito que el jefe de policía me traiga uno.
 – ¿Dices que está ahí, no es verdad?.. Voy á hablarle. – Y tú, conde, búscalo también. Si me lo encuentras..., quedarás contento de mí.
 CONDE. (Aparte.) ¡Es claro!.. ¡Aseguro mi suerte!
 DUQUE. (Vuelve junto al conde y le dice:) ¡Quedarás contento de mí! (Se va por la derecha.)

ESCENA VIII

EL CONDE, RENATO

CONDE. ¿Conque vos también, además del duque, llevasteis?.. Pues señor, anoche llovían... Y vamos, que el que le dió á S. A. huyera, así que lo conoció..., no tiene nada de extraño; pero...
 RENATO. Es claro. Si tengo un enemigo, ¿quién le estorba que se me presente?
 CONDE. ¡En fin, allá os compondréis! (Renato se sienta á la izquierda, pensativo; el conde se recuesta en un sillón á la derecha, y dice aparte:) Que se devanen los sesos buscando cada uno... Lo cierto es que el duque no me ha conocido... y está á cien leguas de sospechar que sea yo... ¿Y por dónde lo había de sospechar?.. Nadie me vió..., no hay la menor prueba, el menor indicio por donde se pueda inferir..

ESCENA IX

Dichos. CARLOTA

CARLOTA. (Por el foro.) ¡Ah!.. ¡Estáis aquí, señor conde!.. ¡Desde ayer noche os ando buscando!
 CONDE. (Alegre.) ¿A mí?
 CARLOTA. Sí, señor.., para daros cuenta de aquel encargo...
 CONDE. ¿Qué encargo?
 CARLOTA. ¿Ya no os acordáis?.. Aquel recado que me disteis para el capitán Borelli..., aquello del..